

EL ECO DE ESPAÑA.

Al adoptar para este periódico, cuyas tareas tenemos hoy el honor de inaugurar, el título de EL ECO DE ESPAÑA, aspiramos a realizar un pensamiento noble y generoso que ocupa la inteligencia de todos los verdaderos patriotas. No venimos a representar los intereses de un partido, de una fracción, de un individuo, sino los intereses permanentes y legítimos de la nación española.

Verdad es que nuestra patria, víctima de tristes vicisitudes, trabajada por horribles desdichas y dividida por el impulso funesto siempre de las revoluciones, ha ofrecido y ofrece el espectáculo de la discordia, y acepta aún como bueno y nutritivo el alimento envenenado de los rencores políticos: verdad es que, rozando sin cesar con la lima sorda del extranjero, se pretende a toda costa desgastar y aun extinguir los trazos característicos de la época nacional española; pero también es cierto que, a despecho de todas las locuras revolucionarias y de todos los catolicismos sociales, aquí se conserva todavía, flotando gloriosamente sobre las inundaciones extranjeras, un resto de la grandeza nativa; aún palpitan en España corazones rectos, y alumbran estos confines inteligencias serenas. No ha naufragado todo en el torbellino de las contiendas políticas, ni los hombres, sin escepcion, carecen ya de aquellos sentimientos elevados y puros que formaban la clásica honradez de nuestros abuelos. Hay todavía, para dicha de la patria, un número considerable, muy considerable, de españoles que deploran en silencio los estragos de todo género, y aman la justicia y el orden, y han hambre y sed de formalidad y de prudencia.

Y son estos hombres, todos los que en el tranquilo hogar, cumpliendo con las leyes del cielo y de la tierra, trabajan y producen y pagan; todos los que, exentos de ambición personal y ajenos a las cabalas del egoísmo, no entienden por política el arte de ser ministro, ó la red donde se prenden los destinos, ó el campo de Agramonte donde las pasiones humanas, puedan tener satánica satisfacción: son en fin los honrados moradores de las ciudades y de las aldeas, que no saben de política, ni de empleos, ni de intrigas; pero que saben amar a su patria con amor profundo; saben contribuir calladamente al anhelo de progreso; saben obedecer sin repugnancia, y tienen derecho a que se les mande con dignidad. Y estos hombres son muchos; forman la inmensa mayoría; son tantos en fin que quien acierte a ser eco fiel de sus honradas aspiraciones, puede llamarse con toda razón ECO DE ESPAÑA.

A tanto nos obliga el título que hemos adoptado. Mil que gritan, producen mas ruido que cien mil que callan; no han menester de órganos en la opinión los que gritan; pero es justo que los tengan los que callan. No venimos a aumentar el clamoreo y la confusión en el revuelto campo de la política; no venimos a pelear por nuestros hombres; ni a trabajar para que nuestros hombres lleguen a ministros; venimos a trabajar por la verdad, que a todos los hombres interesa, y a cooperar con nuestras débiles fuerzas a que los ministros buenos, sea cualquiera su nombre, tengan el mayor prestigio posible, y a que las medidas inconvenientes ó perjudiciales, llámense como quiera el ministro que las dicte, sean combatidas en buena ley y rechazadas en debida forma.

Y a qué tiempo comparecemos en el estadio de la prensa? Precisamente en una época cuyo carácter parece ser el desconcierto político; en una época en que, borrados los linderos que separan a los grandes partidos nacionales, parece que toda idea ha perdido su camino, y que todos los intereses se han achicado tanto y tanto que cada hombre forma un mundo a imagen y semejanza de sus ambiciones, y cada cual, si no predica, practica; que es peor, el infernal principio de que el fin justifica los medios. Venimos al debate periodístico en horas de anarquía moral, en las horas tristes de un bajo imperio político que no se sabe a dónde puede conducir a la nación española; pero es lo cierto que la anarquía existe; que los partidos se sienten lánguidos y destruidos por un escepticismo que hiela la sangre; es lo cierto que los hombres, hablan sin cesar, y no logran entenderse; que los encontrados intereses se chocan y rebotan produciendo espantosa conmoción en los hombres sensatos y de buena voluntad: es lo cierto que a las cuestiones de doctrina, antes tan graves, tan fecundas, han reemplazado las cuestiones de personas, siempre enojosas y estériles; que a los antiguos partidos legales, grandes categorías de la sociedad, que son el alma del sistema, representativo, suceden las agrupaciones insignificantes, es decir, a los ejércitos, ordenados y formidables, una multitud de compañías sueltas é indisciplinadas, compuestas algunas con inválidos de las antiguas huestes.

Amarga es esta verdad y rudamente la espone; pero es una verdad indisputable: la evidencia de estos días la confirma. Para formar un ministerio, la corona, procediendo sabiamente, ha consultado a los hombres políticos de importancia; ha encargado sucesivamente a algunos de ellos la organización de un gabinete, y con el mejor deseo en todos, y con las intenciones mas patrióticas ha sido preciso una y otra vez desistir del empeño, porque han salido al encuentro dificultades personales, porque los hombres políticos, infortunados habitantes de una Babel moderna, construida por el orgullo como la antigua, no se han concertado entre sí; no ha podido entender ninguno la lengua de su compañero.

¡Qué magnífico espectáculo ha ofrecido el trono! Procediendo con calma en las deliberaciones, con reiterado consejo en los acuerdos, oyendo todas las opiniones legales, consultando todos los medios de llegar al fin mas próspero, ha dado la Reina un alto testimonio de prudencia y de sabiduría, y de cuán a fondo conoce los deberes que impone a los reyes de una parte la propia majestad que los rodea, y de otra el bienestar de los pueblos confiados a su augusta solicitud.

Y a su vez el país, ¡qué magnífico espectáculo ha ofrecido! Se prolongaba la crisis; surgían nuevas dificultades, y nuevos motivos de dilación; y la ansiedad crecía, y las conjeturas se multiplicaban; pero siempre sensata y respetuosa la multitud, siempre confiada el pueblo en el amor maternal de su Reina. No es cierto que el orden haya peligrado, ni que la insurrección haya dejado ver un momento siquiera su infernal semblante; no, en nombre del pueblo honrado y leal, protestamos contra una calumnia que a nadie puede servir, y que a todos puede deshonrar. Busque en buen hora la política los caminos legales que la conduzcan al término que codicia; pero no baje el buen nombre de un pueblo hasta el nivel de las miserias de partido y de los intereses del momento. Contra el ejercicio de la regia prerrogativa no se levanta el monárquico pueblo español, ni aun la plebe mas abyecta; porque la plebe mas abyecta, la que tiene por frecuente ocupación gritar por las calles lo que le han dicho, que grite, está ya cansada de ser carne de cañon para las baterías de la autoridad, y de servir de *anima vilis* para los ruines experimentos de los escondidos alquimistas; que suelen tener en apartados y seguros escondrijos el laboratorio de las conspiraciones.

Pero si es grande y consolador el espectáculo que durante la difícil crisis, apenas terminada, han ofrecido el trono y el pueblo, no lo es tanto el de los hombres políticos ni el de las sectas ó fracciones en que se han despedazado los partidos de nuestra patria. Diferencias triviales, apreciaciones baladíes traen separados y en guerra a hombres que profesan idénticos principios; que bajo la misma bandera han militado y recogido los laureles que ostentan. ¿Quién tiene, pues, derecho para arrojar la primera piedra, para declarar en abierta oposicion con un ministerio que representa un esfuerzo de celo en la Reina que lo formó, y un esfuerzo de patriotismo en los hombres que lo constituyen?

En tal situación, en tan críticos momentos pisamos el campo de la política. Los partidos, ó mejor dicho, las fracciones beligerantes hacen una tregua, una como suspensión de hostilidades; y no concediendo a lo actual otro carácter que el de una interinidad discretamente adoptada, se aprestan a la lucha, dándose cita para el otro lado del ministerio Miraflores. ¿Qué habrá en ese otro lado donde fijan anhelosamente su mirada los hombres de la política? No es fácil dibujarlo de antemano. Pero es bien detenerse un poco en lo existente, y considerar que hay a la cabeza de la nación un gobierno constituido libremente por la Reina, que en pleno derecho representa el principio de autoridad, y que sean cualesquiera las circunstancias en que ha nacido, no debe ser tratado con desden por lo que significa, ni reputado como incapaz para el bien por lo que se predica acerca de su duración, ni como sujeto, en fin, a la curatela de personaje alguno político, porque esto sería ofender de un solo golpe varios y respetabilísimos objetos.

Nos hallamos, pues, con un ministerio conservador recientemente organizado, a quien rodean dificultades graves, y cuya existencia, dudadera ó fugaz, puede modestamente producir en estas circunstancias grandes beneficios al trono y a los partidos y a la patria.

Esperemos sus actos, y juzguemoslo todos con tranquilidad de espíritu y con elevación de sentimientos. Encarezcamos el bien donde exista; condenemos el mal donde se halle.

Tal es la línea de conducta que inflexiblemente seguirá EL ECO DE ESPAÑA: con ella aspiramos a muy nobles y gloriosos fines; no a los destinos, no a los honores y los medros personales; que no somos tan apocados y modestos: aspiramos a mas alta recompensa: a merecer el aplauso de los hombres de bien.

El mismo criterio, siempre imparcial y siempre español que ha de guiarnos al juzgar todos los asuntos de nuestra política interior, ha de servirnos para examinar las grandes cuestiones en que se agita la política exterior.

Hoy solo pensamos hacer, como principio de nuestras sucesivas una, reseña ligera del estado general de la política en Europa y en América. La desastrosa guerra de los Estados Unidos en donde la fraternidad democrática se destruye con sangriento furor; la expedición hasta ahora poco afortunada de Francia a Méjico; la oscuridad que presenta la inmensa cuestión de Italia, y los últimos sucesos de Polonia son los problemas que en estos momentos detienen la atención y excitan el interés despertando esperanzas é infundiendo temores, y manteniendo viva la agitación en todos los pueblos.

Y ciertamente no nos faltará larga tarea en que ejercitarnos. Vivimos en una época de perpetuo movimiento, y los sucesos mas graves se suceden sin interrupción unos a otros, y a estos seguirán sucesos acaso mas importantes é imprevisibles. Echamos si no una rápida ojeada por la Europa, que nos sirva de punto de partida para proseguir en nuestros trabajos posteriores, y nos convenceremos hasta de la evidencia de varias verdades capitales, que iremos desenvolviendo a medida que la ocasión lo exija.

Francia se encuentra empeñada en una guerra lejana y azarosa que, en nuestro concepto, ha de darle disgustos muy serios. El clima de esas apartadas regiones, tan nocivo en general a los europeos; las enfermedades innumerables y mortales que reinan en ellas, y se ceban particularmente en esas masas humanas llamadas ejércitos; la táctica adoptada por sus enemigos, aleccionados por la historia; é hijos de otro pueblo, que se ha hecho célebre por su maravillosa disposición a resistir y aniquilar en su suelo a todo linaje de invasores; la intemperancia natural a sus soldados, y la genial ligereza con que todo lo miran; lo difícil que es socorrerlos a tiempo, dirigir sus operaciones, recurrir a todos los peligros, pueden quizá tener complicaciones de tal género, que acaso, aca-

so infundan en un momento no lejano tardío arrepentimiento en algun monarca. No porque el gobierno de Napoleón haya sido glorioso hasta cierto punto para Francia, podrá esta olvidar un revés ó una derrota, que coja sus glorias militares modernas, y que se hubiese evitado con una política mas prudente. El constante deseo del gobierno imperial de intervenir amistosamente en la guerra de los Estados Unidos, y la expresión de sus simpatías por Polonia parecen indicar que se prepara a borrar con ciertos golpes de hábil táctica el mal efecto que han producido otros.

La renuncia de la corona de Grecia, hecha por un príncipe inglés, el estado de la opinión acerca de las islas Jónicas, y el espíritu que se va manifestando en sus periódicos mas importantes de todos colores, parecen indicar que los hombres de estado de este país singular, y la voz pública, su necesario complemento, se van convenciendo de la profunda antipatía que la conducta interesada y egoísta de este pueblo va despertando contra ella en toda Europa. Lo mas extraño en esta parte es la constancia y la voluntad política de sus hombres de Estado y de sus gobiernos en general. A pesar de los gravísimos inconvenientes que produce una conducta exterior tan utilitaria y estrecha; a pesar de los repetidos ejemplos de egoísmo nacional que nos ofrece su historia, y que, cuando conviene, son fáciles de recordar; a pesar de los adelantos y de la cultura moderna, que exigirán mas temprano ó mas tarde la modificación de muchas reglas de derecho internacional, no tenemos por verdades justas, pero sí por principios útiles; son tales las tendencias de esos hombres a seguir en todo la política exterior tradicional, que en nuestro juicio han de sobrevenir sucesos importantísimos para apartarlos de esa senda.

En Italia la revolución aparece detenida, como petrificada, ante los muros de Roma. A los tres años de lucha la unidad italiana se encuentra con el Austria en el Veneto, y Francia en Niza y en Saboya. El brigandaje es inagotable en el reino de Nápoles.

El principal obstáculo que se opone a la unidad italiana es el interés del Austria en no desmembrar de su territorio esa parte de la Italia, tan codiciada siempre de sus soberanos. No se concibe, en efecto, que esta potencia, nuestro tan decidido empeño en conservar a todo trance esas provincias, cubiertas desde remotos tiempos con los sucesos de sus soldados, y en las cuales, como en un abismo sin fondo, se han sepultado tantas veces sus tesoros y sus esperanzas. El odio nacional se mantiene vivo contra ella a pesar de su antiquísima dominación, y como las razas, la historia, el idioma y las costumbres son tan diversas, nada tendrá de extraño que al fin y al cabo las pierda para siempre, y se concentre su vitalidad y sus fuerzas en establecer la necesaria unidad entre las demás provincias de su territorio, en su generalidad mas fáciles de ser asimiladas que la Italia. Mucho mas le interesa preponderar en Alemania en la confederación, y oponerse a los ambiciosos anhelos de la Prusia, en lucha hoy con los adelantos del siglo, y empeñada en ahogar la voz de libertad é independencia que se oye en la Polonia.

Este país infortunado, cuyos giros se repartieron naciones mas fuertes, como los soldados el manto del Señor, no podrá menos de excitar nuestras simpatías, como las ha despertado en todos los pueblos ilustrados de Europa. Causa admiración contemplar ese puñado de héroes, peleando contra sus opresores con fe ardiente y abnegación sin límites, hijas del deber y de la necesidad, y dando ejemplos notables de su valor y de su patriotismo, semejantes a los que leemos en la historia de la antigüedad. Lo que si es extraño es el contraste que forma con la Italia; tanto en sus hechos como en su suerte.

Una sola parte, la Polonia rusa, se ha levantado animosa contra sus tiranos, y no vacila en medir sus fuerzas con uno de los colosos militares mas formidables. En vez de pedir el auxilio de los extranjeros, aplazando hasta ese momento la época de su emancipación, se ha lanzado a conquistar por sí misma sus derechos, y tiene contra sí, entregada a sus solos recursos, dos potencias temibles como la Rusia y la Prusia. Hasta ahora ningún pueblo de Europa se ha movido en su favor, y segun todas las probabilidades, no se moverán por algun tiempo. La lucha será sangrienta, y acaso este pueblo valeroso, víctima de la barbarie de los cosacos, ceda al empuje de sus enemigos, y sucumba para siempre después de agitarse en las postrimeras convulsiones de su agonía. ¡Lástima grande que la razón de Estado ahogue los sentimientos generosos de otros pueblos que pudieran ayudarle eficazmente! El espíritu caballeresco de las pasadas épocas se ha extinguido por completo, y lo que hoy se reviste con esos colores, al parecer tan brillantes, suelen ser en el fondo alardes de consumado egoísmo, y máscara hipócrita de planes interesados y frios.

¿Qué diremos de la situación precaria de la Grecia, cuyo trono, rodando por toda la Europa, no encuentra un soberano que quiera hollarlo con su planta? ¿Qué diremos de la guerra de los Estados Unidos de América, que tan funestos resultados está produciendo en los países industriales, y que por ahora no lleva trazas de acabarse? La una ha sido efecto de causas no conocidas del todo con exactitud por la generalidad de las gentes, y la otra una consecuencia de la sorda lucha que desde hace tiempo se sostenía en un estado democrático entre los partidarios de la esclavitud y de sus enemigos. Imposible es prever su desenlace; pero no cabe duda que servirá de lección a los que querrán intentar reformas justas, aunque intempestivas, para que no se lancen con precipitación por esas sendas peligrosas, que llevan de ordinario a la ruina. Veremos cuando concluya cuál es la suerte de las pequeñas repúblicas de la América, a merced de ese coloso, ya amasestrado en las batallas y en los campamentos.

De todo esto deduciremos, que ahora como

siempre predominan entre las naciones principios egoístas, injustos y estrechos; máximas de interés nacional mas ó menos vituperables; el triunfo de la fuerza contra la razón y el derecho, y las pasiones desventuradas que oscurecen el brillo de la verdad y la deslucen y la escarnecen.

EL LIBRE-CAMBIO Y LA PRODUCCION

NACIONAL.

Tres años hace que la Asociación para la reforma de los aranceles de Aduanas empezó en Madrid su activa propaganda; que después ha ido extendiéndose a otros puntos de la península; y tres años se han cumplido también, que algunos protectionistas, comprendiendo toda la importancia y los peligros de la cuestión social y económica que entonces aparecía, salieron a su encuentro para detener sus pasos y contrarrestar los esfuerzos de la nueva liga que amenazaba en sus pretensiones a todas las industrias del país. Así, desde que se inauguraron los *meetings* de la Bolsa, el trabajo nacional y los intereses industriales, energicamente atacados por los partidarios del libre-cambio, hallaron a su vez decididos defensores, que formulando una doctrina económica completa, aduciendo numerosos hechos y datos, y empujando una activa lucha, han presentado tenaz oposicion a las ideas invasoras, retardando su propagación é impidiendo su triunfo.

Por desgracia, tenia ciertos precedentes en nuestra patria la propaganda libre-cambista. Al comenzar en la península las reformas políticas, amigos ocultos de España pretendieron iniciar las económicas en sentido del libre-cambio, combatiendo la estabilidad necesaria a toda situación económica, primer elemento de la prosperidad material de un país, difundiendo la alarma y produciendo ese estado de incertidumbre en que viven los intereses fabriles desde hace algunos años. Los muchos folletos, y entre ellos los de Pehrer, dirigidos a las Cortes españolas, profusamente repartidos en 1856 y 57, y victoriosamente refutados por un distinguido economista español; las tentativas de reforma de 1841, la ley de 1849; los proyectos presentados a las Cortes en 1851, sobre tegidos de algodón, hierros y otros artículos, que si bien no llegaron a discutirse, motivaron varios reales decretos en 1851, 52 y 55, alterando los tipos de los aranceles en la ley dada por el señor Mon; los proyectos de 1855 y 56, y la reforma últimamente intentada por el señor Salaverría, prescindiendo de otra multitud de medidas administrativas y exenciones dictadas y concedidas por el gobierno, con especialidad en estos últimos años, son pruebas harto patentes de las frecuentes innovaciones que la sufrido nuestra legislación arancelaria, continuamente amagada por reformas inconvinientes unas, injustificadas otras, amenazada y comprometida hoy mas que nunca por la propaganda libre-cambista, que desalentando a los industriales é infundiendo el temor y la desconfianza en los que han aplicado a la fabricación su capital y su inteligencia, puede gloriarse de sus perjudiciales resultados en la producción nacional.

No obstante estos precedentes, el nacimiento de la Asociación ha sido inoportuno, y la reforma de los aranceles, con tanta insistencia solicitada, prematura, atendido el estado de la producción, de la fabricación y de la industria nacional y el movimiento económico de España. Ya en mas de una ocasión, y en otra parte, hemos manifestado que la Asociación fundada en 1859, imitación de la Liga de Manchester y de las asociaciones constituidas en 1845 en Burdeos y en París, ha desconocido y desconoce por completo nuestro estado social y económico, no parecido siquiera, sino diametralmente opuesto al de Inglaterra y Francia al proclamar la libertad de comercio.

Cuando en 1859 se organizó definitivamente la famosa Liga de Manchester, la agricultura, la industria y el comercio de la Gran-Bretaña habían alcanzado un alto grado de prosperidad, merced a los esfuerzos de Eduardo III, de la reina Isabel, del protector Cromwell y de aquella célebre *Acta de navegación* que tanto impulso dió a la marina mercante, a pesar de cuanto en contrario digan los libre-cambistas españoles. Cuando en 1846 se constituyeron en Francia las asociaciones para la libertad de los cambios, en esta nación que había vivido largos años bajo el régimen eminentemente protector creado por Colbert, continuado durante el primer imperio, la restauración y el reinado de Luis Felipe, todos los elementos de su riqueza se hallaban en estado floreciente, y la industria especialmente podía sostener, si no con ventaja y en igualdad de condiciones, al menos sin graves peligros, la competencia con los productos similares del extranjero.

Ahora bien; ¿son las mismas las condiciones? ¿Es idéntico ó siquiera parecido el estado y la situación económica de España al proclamar la libertad de comercio, y pedir un día y otro día la reforma arancelaria? Todos los que de buena fe estudien la historia política, económica y financiera de nuestro país, no ya en épocas remotas, sino desde principios de este siglo, no podrán menos de convenir en la decadencia, en la postración en que se hallaban los múltiples elementos de riqueza que cuenta nuestro suelo. ¿Cuál era el estado de nuestra agricultura? ¿Cuál el de nuestra industria? ¿Cuál el de la fabricación? ¿Cuál el del crédito? ¿Triste es decirlo! Yacían en la lamentable abandono, ó arrastraban a lo mas una vida lánguida y azarosa.

En nuestro país, esencialmente agricultor, apenas se cultivaba la tercera parte del territorio; ruinas y aferradas en extremo las labores agrícolas; escasa la producción; poca la seguridad de los campos; contando apenas con canalización y regadíos; totalmente desconocidas las empresas y seguros agrícolas; gravada la propiedad territorial con tributos desiguales en su imposición onerosa en la forma de percibirlas; sin vías de comunicación y casi sin enseñanza profesional no era posible que nuestra producción agrícola pudiera luchar con ventaja ni aun siquiera con

petir a pesar de las favorables condiciones de la potencia productiva de nuestro suelo con los mercados extranjeros. No es posible que pueda hacerlo tampoco en la actualidad, sin embargo de las mejoras y adelantos que ha recibido de algunos años a esta parte, cuando subsisten en pie la mayor parte de las causas de su atraso; cuando los medios de transporte son difíciles en algunas comarcas; cuando no se han removido muchos de los obstáculos que se oponen a su creciente desarrollo; cuando aún no se ha planteado la gran reforma de la aplicación del crédito a la agricultura, que antes era una esperanza, que hoy, una vez publicada la ley hipotecaria, es una exigencia y una necesidad del país.

La cuestión de créditos, sobre todas las demás cuestiones concretas, obtuvo la preferencia del libre-cambio, siendo objeto de uno de los primeros *meetings* de la falsa; pero los razonamientos y datos que entonces se presentaron, demuestran hasta la evidencia la ligereza é irreflexion con que se demandó la reforma sobre este punto, y la falta de examen y detenido estudio de nuestra producción agrícola.

Lo que de ella acabamos de decir, aplicable es también a la industria española en sus diversos ramos: ausencia de capitales, equivocadas ideas sobre el verdadero valor del numerario, escasa actividad, poca y rutinaria fabricación, falta de educación industrial, ignorancia en los procedimientos adelantos fabriles del extranjero eran las principales causas económicas que impedían su desarrollo. Agréguese la guerra y la emancipación de las colonias, la guerra de la independencia, la guerra civil, las luchas no interrumpidas de los partidos políticos, un desenfrenado contubernio, la carencia de protección bien entendida por parte del gobierno, la administración sin organización definitiva y estable, el sistema tributario sin bases fijas y fundadas en principios científicos, y digásenos franca y lealmente será posible que la industria existiera, y mucho mas que prosperase hasta el punto de poder sostener una competencia no ruinosa sino vivificadora cual pretenden los libre-cambistas.

La historia económica de Francia é Inglaterra no present un conjunto de circunstancias tan desfavorables al desenvolvimiento, y los progresos industriales: allí la gran mayoría de las industrias son antiguas y están profundamente arraigadas; aquí casi en su totalidad son nuevas; allí euean con numerosos elementos que las dan vigor é impulso; aquí su vida es naciente, sus adelantos cortos; sus medios de perfeccion limitados; allí la superabundancia de capitales y la extensión del crédito facilitan en extremo y con grand economía su planteamiento; aquí antiguas ocupaciones, retraen el numerario de esta clase de especulaciones aumentando considerablemente los gastos de producción los intereses del capital.

Si atraso y el abandono de la agricultura impidiera reforma arancelaria hasta tanto que no haya desaparecido los obstáculos que a su prosperidad se oponen, ¿no podemos decir lo mismo de industria? Una vez admitidas como verdaderas no puede menos de aceptarse, las causas que olean su estado y sus actuales condiciones, é reducción de los derechos protectores no induciria una gran perturbación en los valores industriales? ¿No ocasionaria primero la decaída, después la ruina de la mayor parte de las industrias que hoy viven y se desarrollan en nuestro país merced a la benéfica influencia del sistema protector? Que respondan por nosotros los hombres sensatos é imparciales. En vista de las consideraciones espuestas, razon tenemos en decir que las pretensiones de los reformistas, a más ser importunas, arguyen desconocimiento de la situación económica del país.

Historia de la fabricación española es una prueba irrecusable de la verdad de las anteriores aseveraciones. La industria algodonera, la más diuamente combatida por el libre-cambio, la lanera, los diversos ramos de la metalurgia, la papelería y cartonería, principales blancos de la reforma, solo creación reciente al menos en sus condiciones modernas, no teniendo esa antigüedad ni cuando esa protección que se supone. Sabido es cuanto a la primera, que su origen, en vez de remontarse a fines del siglo pasado como se presume, no recibió verdaderamente elementos de desarrollo hasta 1852: la fabricación lanera, que antes realizaba grandes exportaciones, decayó después por multitud de causas, no puede decirse que renació hasta el periodo de 1815 a 20. De época mas cercana aún es el laboreo y neficio de la magnífica riqueza mineral de la minas; y solo en estos últimos años es cuando empezó a concederse a la explotación de las tenas carboníferas la importancia y atención merecida.

La situación y el porvenir de nuestra agricultura, de nuestra industria, de nuestra fabricación, reclaman todavía protección; y protección otorgada por parte del gobierno. El sistema protector tiene que continuar por bastantes años, dando la ley de nuestro régimen económico; protección directa para las industrias que ahora nacen ó recorren el primer periodo de su desenvolvimiento; indirecta para las que mas aderece el estado de nuestra agricultura; aumento de las fuerzas productivas del país en sus múltiples manifestaciones; estabilidad en los aranceles modificados con pleno conocimiento de las necesidades de su vida económica; iniciativa fecunda y activa y reformas meditadas é oportunas; hé aquí lo que siempre hemos pedido, lo que seguiremos demandando al gobierno, personificación del Estado, como la necesaria y legítima aplicación de nuestra teoría en el orden económico.

Es, pues, conveniente, y mas que conveniente necesaria, la protección para crear una serie de producciones nacionales, una fabricación propia, que, además de ser suficiente cubrir las crecientes necesidades del país sin recurrir al extranjero, pueda allegar a sus mercados abundantes espor-

